

momento, reconcí que no era mi hombre el que acababa de asesinar. Y le juro á Vd. que esta equivocación me causó gran placer. Se me había pagado para que matase y maté. Respecto á eso mi conciencia quedó tranquila. Corté un mechón de cabellos del desconocido para mostrárselo á quien había alquilado mi brazo, porque yo me dije: todos los cabellos se parecen, y así no dudará de que queda servido.» Pero, por desgracia, también en eso me engañé: había matado á un inglés, cuyos cabellos eran azafra- nados.

Fray Serapio dió la absolución al asesino bajo promesa, de que si curaba, no volvería al crimen, y luego le dijo:

— Ahora pide perdón á ese caballero por haberle cobrado mucho más de lo debido.

Volvióse el lepero hacia mí y con acento muy compungido me dijo:

— Soy un gran pecador, y no me creería absuelto del todo si no contase con el perdón de Vd. Voy á morir, caballero, y no tengo con que hacerme enterar. Sería un gran consuelo para mi pobre mujer el hallar en mi bolsillo unos cuantos pesos para la mortaja y entierro.

Dí el dinero, Perico, al recibirlo, cerró los ojos, y, volviendo el rostro, no pronunció una palabra más.

— *Requiescat in pace*, dijo Fray Serapio.

Y, cuando salimos de allí, aun conviniendo en que me habían costado muy caros los informes del lepero su interesante confesión me indemnizaba con creces de aquel gasto. Sin embargo, me equivocaba completamente al creer terminadas mis cuentas con tan buena pieza.



II

La Alameda.--El paseo de Bucaseli

EN Méjico hay pocas ciudades que no tengan su alameda; la de la capital es una de las más hermosas. En París no tenemos hasta ahora ningún pasco de esta clase.

La alameda de Méjico forma un cuadrilongo cercado de un muro de altura proporcionada para apoyarse cómodamente en él. En cada uno de sus ángulos hay una verja de hierro para el paso.

Multitud de álamos, fresnos y sauces forman la bóveda sombría del salón principal, destinado á los ginetes y á los coches, y sobre un piso igual y enarenado. No pocas calles de árboles, que convergen hacia centros adornados de fuentes, con juegos de agua caprichosos, interponen sus líneas de mirtos, rosales y jazmines entre los carruajes y los que pasean á pie, pero sin que priven de seguir con la vista los trenes elegantes y los hábiles ginetes. El zumbido de las abejas y el canturreo de los colibrís se mezclan al rumor de las fuentes.

Las carrozas doradas del país se cruzan incesantemente con los vehículos europeos, y los ricos arneses de los caballos mejicanos resaltan al lado de la silla inglesa, que resulta mezquina al lado de ese lujo oriental.

Las señoras de la alta sociedad, muellemente recostadas en los almohadones, lucen sus encantos entre los cuales lo que más admira al hombre del Norte es aquel diminuto pie, que deben á sus abuelas las españolas. Detrás de los cristales, medio corridos siempre, se descubren sus hermosas diademas de caballo negro, cuyo brillo sedoso hacen resaltar algunas flores naturales; y el extranjero contempla extasiado su seductora sonrisa y sus inimitables gestos en que la viveza se une tan graciosamente á la negligencia.

Al retirarse toda esa muchedumbre cruza por delante de una ventana cerrada por fuertes barrotes de hierro, y por donde es preciso pasar para llegar al paseo de Bucaseli.

A no haberlo visto, nadie podría figurarse el cuadro repugnante que se ofrece cada día tras de aquellos barrotes, roídos por el orín, y á dos pasos del primer paseo de Méjico. Aquella ventana pertenece al sitio lúgubre donde se depositan los cadáveres hallados en la vía pública, los asesinados y los suicidas: aquello es la *morgue* mejicana, y apenas pasa un día sin que reciba nuevos huéspedes.

La solicitud de la justicia parece que no empieza hasta aquel instante, y esos cadáveres de hombres y de mujeres yacen allí medio desnudos, ensangrentados y revueltos.

En cuanto al paseo de Bucaseli, tan próximo, no tiene más adornos que una doble fila de árboles y tres fuentes cargadas de estátuas alegóricas.

Era al oscurecer del mismo día de la corrida de toros cuando me hallaba entre el gran número de ocio-

sos que cubren ordinariamente el espacio comprendido entre la alameda y Bucaseli. Ardían ya algunos faroles y el público empezaba á regresar á sus casas. El toque de oración, ruidosamente repetido por el sin número de campanas de las iglesias y de los conventos, dominaba el murmullo de la gente; parte de la cual se paraba con respeto religioso, mientras el resto se precipitaba en la misma dirección, como torrente al cual no puede detener ningún obstáculo.

El último fulgor del día, penetrando por entre los barrotes del depósito, apenas dejaba distinguir las víctimas que yacían sobre un lecho de ladrillo con grandes manchas de sangre. Algunas mujeres exhalaban gritos de dolor ante las rejas, y aunque varios soldados las instaban á abandonar aquel sitio ellas no acababan de obedecer, redoblando sus gemidos.

De rodillas, con la cabeza descubierta y teniendo en su mano la brida de un caballo ricamente enjaezado, un hombre rezaba con fervor, también delante de las rejas. Por su aspecto echábase de ver que pertenecía á la clase acomodada de tierra afuera, y tanto el traje como los pintorescos arneses del caballo armonizaban perfectamente con su varonil fisonomía y la distinción de su figura.

El desconocido mostraba sobre la ceja derecha una larga y delgada cicatriz, formando como una raya blanca en su frente descubierta. Sin duda sería el bizarro joven que mencionó Perico en su confesión.

En aquellos momentos un caballo rebelde á los esfuerzos del jinete que lo montaba fué á chocar contra una escala encima de la cual un sereno encendía el farol fijo al muro del cuartel de La Acordada.

El jinete era yo y el sereno cayó de una altura de quince pies, quedando en el suelo tendido y sin movimiento. Excuso manifestar al lector mi pena y mi confusión.

Todo el mundo conoce las benévolas costumbres

del populacho de las grandes ciudades para con aquellos que por fatalidad cometen tan aciagas torpezas. Sin embargo, pocos podrán formarse cabal idea de la actitud del pueblo mejicano en un percance de esa especie, sobre todo tratándose de un extranjero.

Inmediatamente me vi rodeado de un numeroso grupo de leperos que disputaban acerca del suplicio que debía imponerseme. Por un instante llegué á envidiar la suerte del sereno, insensible al menos á los pisotones que recibía de aquella multitud, que iba engrosando de manera alarmante.

Pero la suerte me envió dos auxiliares, con uno de los cuales, sobre todo, estaba muy lejos de contar. El primero fué un alcalde que, escoltado por cuatro soldados, se abrió paso hasta mí, diciendo que bien veía yo que había causado la muerte á un ciudadano mejicano.

Por toda respuesta me incliné silenciosamente. Obedeciendo las órdenes del alcalde colocaron el cuerpo del sereno en una camilla; me invitó enseguida á bajar del caballo, y me dijo que siguiese á pie la camilla por el camino de la cárcel, que no estaba lejos. Cual se comprenderá, resistí el obedecer esa intimación, tratando de demostrar á aquel funcionario que el hecho no autorizaba aquel procedimiento contra mí.

Por mi desgracia el alcalde estaba dotado de una tenacidad á toda prueba y contestaba á todas mis razones que cediese á la costumbre del país. Entonces busqué con la vista alguna persona que pudiera servirme de fianza, fijándome con preferencia en el sitio donde había visto arrodillado al interesante caballero. Este había desaparecido, pero la casualidad me deparó el segundo auxiliar.

El nuevo personaje, que vino á interponerse entre el alcalde y yo con paso majestuoso estaba embozado en una capa de paño color de aceituna, cuyo em-

bozo cubría casi completamente su rostro. Por entre las numerosas roturas de la capa se descubría una levita de paño no menos deteriorada. Llegado ante el alcalde, después de abrirse paso con mucho trabajo por entre la apiñada multitud, este personaje se quitó su raído sombrero sin desembozarse, sacando la mano por uno de los agujeros. Sobre su negra y rizada cabellera se veían pegados algunos cigarrillos, un billete de lotería y una estampa de la virgen de Guadalupe.

Puede imaginarse mi sorpresa al reconocer en ese respetable ciudadano á mi conocido Perico, á quien creía difunto.

—Señor alcalde, dijo, este caballero tiene razón; como ha ocasionado la muerte al sereno involuntariamente no debe confundirsele con los malhechores; además yo estoy aquí para responder de él, pues tengo el honor de conocerle íntimamente.

—¿Y de ti quién responde? preguntó el alcalde.

—Mis antecedentes, repuso Zaragata modestamente, y este caballero añadió señalándome.

—Pero si tu respondes de él, ¿como se arregla...

—No importa: yo respondo de este caballero, y este caballero responde de mí. Por consiguiente son dos garantías, en vez de una, y su señoría debe darse por satisfecho.

Confieso que, colocado entre la justicia del alcalde y la fatal protección de Perico hube de vacilar un tanto. La autoridad no parecía muy convencida del singular razonamiento expuesto con grande aplomo por el lepero.

Al cabo me acerqué al alcalde y le dije al oído las señas de mi casa.

—Corriente, dijo el alcalde retirándose, acepto la garantía del amigo de V., el de la capa, y en seguida iré á casa de V. donde espero encontrarle.

Ya se habían alejado el funcionario y los soldados,

pero la multitud continuaba amenazadora. Perico dió un silbido y se pusieron á sus órdenes unos cuantos: inmediatamente cogió mi caballo por la brida, y me alejé poco á poco de aquellos grupos siniestros, no poco intranquilo respecto al desenlace de mi aventura y bajo la impresión penosísima de la desgracia que involuntariamente causara.

—¿Cómo es que le encuentro á V. tan bueno, dije á mi guía, cuando ya le tenía por muerto?

—Dios ha obrado un milagro en favor mío, respondió levantando devotamente los ojos: pero parece, caballero, que mi resurrección le causa á V. pena.

—Bien comprenderá V. que mi sentimiento no es por eso; al contrario, celebro su resurrección. ¿Cómo se ha obrado el milagro?

—No lo sé, pero ocurrió á tiempo de que pudiese volver á ocupar mi puesto en la plaza, y aun intentar una nueva ascensión. Acababa de ser confesado y de recibir la absolución, ¿qué mejor coyuntura para volver á arriesgar la vida sin comprometer mi alma? Y la suerte me favoreció, pues á pesar de haberme tenido el toro en sus astas y de haberme volteado, caí de pie con grande aplauso del público que me obsequió con una lluvia de pesetas y medias pesetas. Hallándome, gracias á eso y á la generosidad de V. con el bolsillo bastante repleto, he querido satisfacer mi propensión á la elegancia, y he comprado en una prendería este traje, que me da el aspecto de persona respetable. Ya ha visto V. con que atención me ha tratado el alcalde de barrio. No hay como ir bien vestido para ser respetado.

Era evidente que el astuto lepero me había engañado otra vez, y que así su fingida agonía como su confesión habían sido medios excelentes para sacarme algunos pesos. No obstante al ver la cómica gravedad con que se pavoneaba, envuelto en su capa agujereada, disimulé mi enojo, pero resuelto á librarme de su importuna compañía, le dije:

—Si no me equivoco, las enfermedades de los hijos de V., el parto de la mujer y la mortaja me han costado un centenar de duros poco más ó menos, y creo que con esa suma queda igualmente bien pagado el servicio que acaba V. de prestarme. Le doy nuevamente las gracias y me marcho á casa.

—¡A casa de V., caballero! ¿Lo ha pensado usted bien? A estas horas debe estar cercada por los soldados, mientras que le buscan á V. en casa de todos sus amigos. ¿Sabe V. con qué alcalde tiene que habérselas?

—¿Le conoce V.?

—A todos los alcaldes conozco, y el que le persigue á V. ahora es el más rapáz y el más pillo de todos.

Aunque el retrato me pareciese exagerado, era posible que en la relación hubiese algún fundamento. Perico me habló enseguida de la dicha que experimentarían su mujer y sus hijos en ofrecer un asilo á su bienhechor por aquella noche; y, puesto en el caso de escoger entre dos protectores igualmente interesados, me dejé convencer por aquél cuya codicia me parecía más barata.

Seguí al lepero. La noche iba cerrando. Atravesábamos calles sospechosas y callejones desiertos, sitios desconocidos para mí, en los que reinaba una densa obscuridad. Me veía como arrastrado hacia esos arrabales, casi inaccesibles á la justicia, y á merced de un hombre de cuyos labios había oído una terrible confesión. A la verdad los crímenes de Zaragata, reales ó supuestos contados á un sacerdote no me habían causado impresión muy honda, sin duda por tratarse de un individuo perteneciente á la clase más ínfima de la sociedad, desmoralizada por la miseria y las guerras civiles: pero en medio de aquel dédalo de oscuras callejuelas y entre el silencio de la noche; mi imaginación daba á su picaresca figura colosales proporciones.

Mi posición era crítica: abandonar de repente á aquel guía en tal terreno, para mi desconocido, no era menos peligroso que seguirle.

—¿En dónde diablos vive V.?

Su respuesta se limitó á rascarse la cabeza, y tuvo que repetir la pregunta.

—Verá V.: como no tengo domicilio fijo, vivo un poco en cada parte.

—¿Y la mujer, y los hijos, y ese asilo que me ofrecía V.?

—Había olvidado, contestó sin turbarse, que ayer envié á mi mujer y á mis hijos á... Querétaro: en cuanto á un asilo...

—¿Me lo ofrece V. también en Querétaro? dije, conociendo, aunque tarde, que la mujer y los hijos de este honrado personaje eran tan imaginarios como su domicilio. El prosiguió:

—Disfrutará V. del asilo que me procuren los recursos de mi imaginación, y que sé encontrar cuando mis escasos medios no me permiten alquilar casa. No se proporcionan todos los días corridas de toros y otras gangas... Mire V.: quizás hayamos salido de apuros.

Y me señaló un resplandor vacilante y lejano.

Seguimos en aquella dirección; el resplandor procedía del farol de un sereno. Embozado en una capa amarillenta, algo menos mala que la de Perico, el guardián nocturno, arrimado á la pared, seguía con mirada melancólica las grandes nubes que cruzaban el espacio. Nos detuvimos cerca de él y no se movió siquiera; no parecía que nos hubiese visto.

—¡Hola, amigo! le dijo Zaragata. ¿Sabe V. si hay algún velorio en el barrio?

—Si por cierto. Encontrarán ustedes uno más abajo, cerca del puente de Eguizamo. Aseguro á ustedes que, si no temiese alguna ronda, ó si hallase una buena alma, que se encargara de mi farol, me iría á disfrutar un rato de la fiesta.

—Gracias, dijo afablemente Perico. Nos aprovecharemos de la noticia.

El sereno reparó con sorpresa en el contraste que ofrecía mi traje con el del lepero y dijo:

—Los caballeros no acostumbran frecuentar esas reuniones.

—Es un caso de fuerza mayor, respondió Perico. Este caballero ha contraído una deuda que no le permite volver á su casa esta noche.

—Así es otra cosa, repuso el guardián, hay deudas que todo el mundo desea pagar lo más tarde posible.

Y prestando oído á un reloj lejano, sin cuidarse ya de nosotros, se puso á cantar con voz lúgubre:

—¡Las diez y nublado!...

Y las voces de otros serenos fueron respondiendo sucesivamente á la suya en medio del silencio de la noche.

Eché á andar detrás de Perico, seguido de mi caballo, que llevaba de la brida, pues los reglamentos de policía urbana prohíben ir montado por las calles de Méjico después del toque de oración, y no tenía deseo de habérmelas de nuevo con algún alcalde. Quería saber lo que era un velorio, y la afición á lo desconocido, que tan á menudo puede satisfacerse en Méjico, venía á evitarme otra vez el aburrimiento.

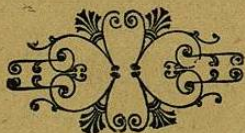
A los diez minutos llegamos al puente indicado por donde cruzaba un estrecho canal, cuyas aguas fangosas bañaban los cimientos de varias casas agrietadas. El triste fulgor de una lámpara que ardía delante de un retablo de las ánimas, iluminaba aquel líquido cenagoso. En las azoteas varios perros vigilantes ladraban á la Luna, cuando aparecía una que otra vez entre las nubes preñadas de agua.

Las ventanas del primer piso de la casa frente al retablo estaban también iluminadas, proyectando una ancha faja esplendente entre las dos hileras de sombríos edificios de aquella vía.

— ¿Quién es? preguntó la voz de un hombre.
 — Amigos que vienen á rezar por los muertos y á regocijarse con los vivos respondió Perico.
 Y entramos en la casa.

Guiados por la linterna del hombre que hacía de portero, atravesamos el vestíbulo y entramos en un patio interior. Aquel hombre indicó al lepero una anilla clavada en la pared: até allí la brida de mi caballo.

Subimos unos veinte escalones y entré, precedido de Perico, en una pieza bastante bien alumbrada. Iba á saber lo que era un velorio.



III

El velorio

LA reunión que allí encontré ofrecía un aspecto de los más extraños. Unos veinte individuos del pueblo bajo, entre hombres y mujeres, estaban sentados formando círculo; todos á la vez hablaban, gritaban y gesticulaban.

Un olor fétido llenaba la sala, á pesar de que algo podían atenuarle el humo de los cigarros y los vapores del vino y del *chiriguirito* (aguardiente de caña). En un ángulo de la sala había una mesa llena de provisiones de todas clases, y de tazas, vasos y botellas. Algo más lejos había otra mesa destinada al juego y rodeada de jugadores, que se disputaban algunos montones de monedas de cobre con toda la excitación producida por los licores.

Era un principio de orgía que, con el triple aliciente del vino, las mujeres y el juego, tenía trazas de llegar al mayor escándalo. Pero lo que más me chocó fué precisamente el objeto principal de aquello, y el que menos llamaba la atención de los concurrentes: